

## ¿ FEMINISMO ? ...

Del próximo libro  
« Las pobres mujeres ».

Ya te veo con tamaños ojazos mirando el título que encabeza ésto que debía ser una de las tantas cartas a la amiga, y que no es más que un alegato radical en defensa de nuestros pobres derechos de seres inferiores. Has entendido: *seres inferiores*, a quienes sin embargo se nos exige el cumplimiento de obligaciones que nos ponen muy por encima de nuestros adorados tiranos.

Sin salir del introito te voy a prevenir una cosa, porque a ti, que vejetas en esos pueblos gazmoños y tontos,—donde llevan las faldas moralmente largas y donde miran a los costados cuando van a levantar el pie para tomar el tranvía; en esos villorios donde las ideas tienen polilla de tan viejas y donde los conceptos gastan aún miriñaque,—puede ser que esta carta te escandalice; pues bien: apúratela de golpe, trágala cerrando los ojos de los prejuicios, que, como les decimos a los niños cuando les damos una medicina fea: es un poco amarga, pero te va a hacer bien.

El asunto: días pasados, en una de las asambleas del Consejo Nacional de Mujeres, pedí la palabra para decir algunas cosillas que tenía atragantadas y que, chica, resultaron discurso, discursazo, que hasta mereció la publicación en la revista social, no sin la reprobación de algunas socias que temen a su « hombre », y con las consiguientes disquisiciones del sexo bruto. Allá verás.

Antes de casarme, como la mayoría de las señoritingas, me salía de la raya por partir antes de que bajaran la

bandera, sin preocuparme otra cosa que el ir adelante. Como quien tiene una consigna: había que casarse. Y el poco de ignorancia y el mucho de romanticismo que tenemos en nosotras, me hacía ver el futuro como cosa de felicidad y de encanto.

Me salió el novio: me fijé en la apostura, en que le caían bien los trajes, y... hasta en una largura de manos que —entre nous—me.... me encantaba....

Se me ocurría un poco torpe cuando me hablaba; yo rehacía los diálogos y me decía: no se puede pedir literatura en el amor. Disculpaba. Adelante.

Algún arranquecito grosero de él tenía también su encanto... como una sacada de uñas de un gatito: tira la especie. Y.... nos casamos, y en vez del colorín colorado del fin de las consejas, recién aquí comienza nuestro cuento.

Entonces empezamos a conocer las miserias y las hipocresías del «Rey del Universo», que, entre sonrisa y gravedad; día a día, nos va revelando su férrea disciplina tiránica. Y, cuando lo coges en falta, cuando le descubres el punto flaco, si es inteligente, se escurre con un sofisma o con una amenaza velada, y si es bruto, te pega, de fijo que te pega....

Se me va la pluma y no concreto. Sabe pues: proclamé la libertad de unión, sin contrato y sin compromiso, basándome en la falta de armonía espiritual del hombre y la mujer. Si el hombre es más inteligente estará toda la vida haciéndote sentir el peso de su superioridad y, menos mal, porque, en el caso contrario, si él es un cretino, tú le considerarás con lástima y compasión, que es el hilo más tenue que puede unir a dos seres.

El hombre ha adquirido derechos, mejor dicho, los ha usurpado, y, entre ellos, el de la responsabilidad de la mujer, mueble que se trae a su lado; mi fin es privarle de esa terrible carga, hacer una campañita para que esa última prerrogativa que le duele nos deba, desaparezca.

Actualmente, la idea de nuestra infidelidad lo trastorna hasta el punto de que ha inventado el divorcio porque, habiendo perdido la fuerza de sus atributos viriles, cree que es más delicado y superior darnos unos punta-pies que pegarnos un tiro. Pues, como fin, yo he propuesto que se declare su honor a salvo de toda rozadura, por más leve que sea, si nosotras, las pobrecitas, caemos en la vilipendiada falta.

Y ¿sabes qué he conseguido?: que mi señor me haya puesto como no digan dueñas, a gritos e improperios; que haya echado a rodar a la cobradora del Consejo, y puesto de patitas en la calle al cándido de mi primo Alberto, que era el único animal con pantalones que — a excepción de mi marido — pisaba esta casa....

Estoy contenta de todo.... hasta de estos gritos que ponen en su lugar a este hombre tan pacífico.... y, como tú tienes novio y te irás a casar, te aconsejo que lo hagas, porque decirte lo contrario sería propender a que te privases del más hondo anhelo que debemos alimentar, — sufrir la santa esperanza de la libertad!

Tu loca que te quiere.

*Dulce María R. de Possodori.*

\* \* \*

Terminaba de rubricar Dulce María la epístola, cuando sonó a su espalda, en temblor de ira, la voz potente de su esposo:

—¿Para quién escribes...!

—Para nadie... y abrió las manos, nerviosa, sobre las diseminadas cuartillas.

—Para nadie! —recalcó él, indignado y triunfante para nadie!... No ves que te delatan tus frases... Dame esa carta.

—Nó

—Nó ! ?...

—Si son cosas íntimas, Remo...

—O me da Ud. esa carta, o sale con ella de mi casa..

—Remo ! Remo !... Me ofendes... !

Lento se devana un minuto horrible en que ambos están mudos; evitándose las miradas.

En el hombre airado hay una energía brutal: parece que se le crispan las manos, agresivas.

Ella, por fin, sumisa, humildemente vencida, le extiende la carta...

El, dignamente, sin leerla, la rompe.

MONTIEL BALLESTEROS.

1918.

---